

lidades a quienes el pregón de la exagerada *bonhomie* latina, propia de este siglo, ha consagrado con tan alto título, no han sido capaces de establecer corrientes bien definidas que encaucen—aunque sea fugazmente—el pensamiento de estas jóvenes y vacilantes generaciones.

—Maestros como el canciller Bacon o como Rousseau el precursor, para no citar sino dos de los más cercanos, cuyas ideas provocaron movimientos de verdadera renovación en las organizaciones de sus países, maestros en esta noble y alta acepción del vocablo, dudo que los hayamos tenido y los tengamos. Y no por falta de calidad generadora, ni por escasez de condiciones biológicas, sino por la llegada tardía a la existencia como entidades sociales y por la necesidad de una violenta y forzosa asimilación a las corrientes imperantes en el momento por que se ha atravesado, en busca de un acomodo estable que permita esperar la creación de rasgos propios y peculiares, capaces de plasmar la fisonomía de las infantiles culturas.

Que Montalvo, Sarmiento, Bello, Martí y nuestros Altamirano y Justo Sierra tuvieron en su calidad de pensadores llamaradas deslumbrantes de genialidad y por eso se les ha llamado justamente maestros, al arrastrar consciente o impensadamente al grupo de convencidos de su arte o de su idea cristalizados en amor; que Hostos en su disciplina filosófica, Darío, Gutiérrez Nájera, Herrera Reissig y Díaz Mirón en la lírica, Rodó prohijando el Arielismo, y tantos otros en diversas actividades de la ciencia y del arte hayan merecido el dictado de maestros, no nos autoriza a aplicar, mientras no haya quien lo merezca, el simbó-

lico y ya un poco ajado y maltrecho nombre.

* * *

A Ignacio Ramírez se le tuvo, y la tradición le ha conservado ese sitio, como Maestro de varias generaciones mexicanas. Limitado a un grupo social incipiente como es el nuestro y reducida la significación del vocablo, la tesis se simplifica. Pudo serlo y lo fué porque reunía las condiciones necesarias: origen de marcada filiación indígena que lo hacía poseedor de abundantes cualidades y defectos favorables: despierta intuición pedagógica, rebeldía ingénita, tenacidad rayana en testarudez, cierto egoísmo, justa ambición y honrado proceder; niñez de escolar bien preparado, adolescencia de estudioso perpetuo que lo convirtió en el tipo acabado del autodidacta. Si a ello agregamos una inteligencia clara, sólo ofuscada cuando el imperativo de las pasiones se imponía, rara actividad sin desfallecimientos, sentido de la vida y poder de atracción para cautivar, reuniremos de un vistazo las armas más valiosas con que don Ignacio Ramírez luchó y triunfó gloriosamente por sus más altos ideales: la República, el liberalismo, la educación. Después, el arte.

El sabio polígrafo, como Altamirano lo llama, pretendió ser—y esta ambición la tienen muchos de nuestros aspirantes a genios sin las dotes de aquel sabio—bastantes siglos después de Pico de la Mirandola, de Hurtado de Mendoza y de Leonardo el Divino, un enciclopedista capaz de conocer los misterios de todas las ciencias y ejercitar algunas de las formas artísticas; y si en la genial Sor Juana, doscientos años antes, la